

\* Para **Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz, Sevilla, Huelva, Vigo, Carril, Villagarcía, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.**—Saldrá de este puerto el domingo, día 18, á las doce de la mañana, el vapor español «Ciervana», capitan D. Joaquin Diaz, admitiendo carga y pasajeros.—Consignatarios señores Busanya y C.ª, Plaza Medinaceli, 1, bajos.

## EL CZAR.

Meditemos sobre la muerte del Czar de Rusia.

Un hombre, un individuo en carne y hueso, dominando solo y absoluto sobre millones de leguas de territorio, sobre mucho mas de cien millones de hombres, sin Constitucion política que limite su soberanía, sin otros poderes personales ó representativos que mitiguen su poder, sin mas norma de gobierno que el criterio de su voluntad ni mas ley que su capricho. Y, sin embargo, su capricho consistió en cumplir con su deber hasta el punto de sacrificar á este cumplimiento toda su fuerte salud y su vida casi aun en flor; y aquel deber no se lo habia impuesto nadie mas que él á sí mismo, y el criterio de su voluntad no fué otro que su conciencia, y el límite y el regulador de su omnipotencia los encontró (y bien superiores, por cierto, á todos los Parlamentos y á todas las Constituciones) en su religiosidad, en su gran amor de padre á los pueblos que regia, y en aquel otro amor mas grande, por lo mas vago, á todos los hombres.

Todas las naciones le han llorado como á un bienhechor; pero sus pueblos le han llorado como á un padre. Y esto que ellos no le habian escogido, como no se escogen nunca los padres.

Este hecho impone alguna meditacion; tanto mas, cuanto en nuestros tiempos, en los que se supone el principio monárquico puro en decadencia, es muy frecuente, por notable contraste, alabar concretamente en las personas de monarcas reinantes aptitudes y cualidades de gobierno privilegiadas que justifican singularmente su elevada situacion.

¿Es que el principio hereditario resulta menos ciego de lo que racionalmente se cree; ó es que la atmósfera de realeza y el prestigio de la historia engrandecen las almas de los soberanos y los hacen *reyes*, es decir, algo mas que hombres del monton que naturalmente fueran? ¿ó es todo pura casualidad?

Difícil se hace resolver esta disyuntiva.... que tal vez no es disyuntiva. Quizás la suerte de la herencia en una dinastía no esté tan desligada como á primera vista parece de la vida del pueblo por ella regida: quizás los monarcas gloriosos vienen á los pueblos de vida ascendente, como los monarcas degenerados vienen á naciones minadas por una decadencia de raza. Quizás la atmósfera del palacio en que el rey se forma no sea cosa esencialmente distinta de la atmósfera que el pueblo crea y lleva consigo en su ascenso ó descenso de vida. Quizás la casualidad está solo en la superficie de las cosas.

De todos modos, es muy frecuente encontrar en el monarca como un substrato y suprema espresion individual de su pueblo, no solo en los grandes rasgos característicos y permanentes de éste, sino hasta en la fase transitoria de su evolucion en un momento dado.

Y esto, que parece que deberia suceder mas en los gobiernos electivos, en las repúblicas, con respecto á sus primeros magistrados, á sus presidentes, sucede menos. Porque estos jefes de Estado son hijos de asambleas, del sufragio universal, que pretende representar la voz, el espíritu de la nacion, y no es mas que una representacion meramente esterna, superficial, artificiosa, que depende precariamente de circunstancias y contingencias capaces de falsear, que falsean casi siempre, la sinceridad de aquella voz y el verdadero fondo de aquel espíritu. La *vox populi* en las urnas y en las Cámaras es una filosofía política al alcance de todas las inteligencias; por esto ha cundido mucho, y por esto no vale nada.

Por esto apenas hay presidentes de república bien identificados con su pueblo, cuando hay muchos reyes identificados con el suyo; por estos aquellos casi siempre son presidentes de partido, y los reyes casi nunca; por esto á un presidente lo que mas se le pide, y lo que mas se llega á aplaudirle y alabarle, es la mediocridad, la insignificancia, es decir, que no represente nada, y éste es el presidente ideal, mientras que al rey, al verdadero rey (no á las sombras de re-



yes), le conviene un pensamiento propio, una gran voluntad, cualidades de relieve, en fin, una personalidad intensa que contenga toda la vida de su pueblo y sea el genio del mismo en carne y hueso. Y este es el rey ideal: y éste era Alejandro III. Por esto sus pueblos le han llorado como se llora algo propio y muy íntimo, y como nunca república alguna haya llorado á ningun presidente.

Mas que á un presidente ideal, mediocre y correcto, lloran por acaso las naciones á un César, á un dictador brutalmente improvisado por una revolucion. ¿Por qué? Porque una revolucion es algo mas vivo y que va mas hondo al pueblo que un mecanismo constitucional, y el César, fruto espontáneo de ella, es carne y sangre del genio popular; y no lo es el presidente votado con mucho orden (esto es, con muchas cábalas) y muy legalmente, en la Cámara mas perfecta y mas sabiamente arreglada del mundo: Cromwell, Napoleon y hasta el mismísimo Rosas, creemos que decian mucho mas á sus súbditos que Garfield, Carnot ó los doctores-presidentes de las Américas del Sud á sus conciudadanos.

¿Quiere esto decir que todas las naciones hayan de ser siempre gobernadas por Czares ó por dictadores? ¡Oh! no ciertamente.

El monarca hereditario no ha de ser sino la suprema expresion de una unidad fundamental de su pueblo; y esa unidad fundamental no la tienen siempre todos los pueblos: la mayor parte la logran en su período de madurez, de grandeza, no antes ni despues; muchos la pierden en períodos de transicion: algunos no la tienen nunca, ó si la tienen es poco intensa, de poca significacion en la historia. Y no se nos objete con el ejemplo de Grecia en la antigüedad, porque Grecia fué algo escelsamente escepcional que no se debe manosear como se acostumbra: hay profanacion en hacerlo; no se nos objete en los tiempos modernos con el ejemplo de los Estados Unidos de América, porque la república norte-americana no ha llegado aun, y mucho le falta, á la madurez de su unidad, á la plenitud de su sentido; ni con el ejemplo de Suiza, que es un pueblo, aunque admirable, sin gran significacion histórica.

Pero la grandeza de las naciones viene siempre representada por grandes monarcas; de suerte que el Estado monárquico es, al menos en la fase todavía actual del espíritu humano, el tipo de sociedad política en su plenitud normal; es, en una palabra, el ideal de Estado.

¿No aparece por ventura como un tributo instintivo, involuntario, á este ideal, la honda impresion producida en todas partes por la muerte de Alejandro III, la admiracion, la especie de veneracion con que se ha considerado á este monarca, solo por haber sido un monarca en toda la estension y la fuerza de la palabra, y á su pueblo, solo por ser un pueblo con carácter propio y de gran relieve, con profunda unidad encarnada en su soberano, es decir, un pueblo esencialmente monárquico?

Este tributo instintivo, involuntario, de admiracion y de veneracion, por parte de pueblos de temperamento tan diverso, y alguno de ellos (y no de los que menos se han emocionado) de sentimiento político actual completamente opuesto á la autocracia rusa, dicen mas que todos los tratados de filosofía política y social. Porque los libros son libros, y las escuelas son escuelas; y esto son hechos vivos, que tienen significacion y realidad por sí propios. Por esto cuando pasan debe atenderse á ellos y meditarlos porque contienen mas enseñanzas, y mas fecundas, que todas las bibliotecas del mundo.

Meditemos, meditemos sobre la muerte del Czar de Rusia.

J. MARAGALL.

---

## REVISTA DE MADRID.

Ahora va de veras, tan de veras que decimos al frio:—Caballero, modérese su merced, pues ya nos hemos enterado de que está presente y de que le debe grandes respetos quien quiera conservar la salud. Verano sin calor no es verano, é invierno sin bajas temperaturas será otoño, primavera, pero no invierno. Parece que para sentir esa satisfaccion interior de que habla la ordenanza es necesario sentir, al dejar la cama, la necesidad de soplarse los dedos y exclamar:—Pero, señor, ¡qué frio!